PIEDRA DE AMOLAR

MANUEL RIOS RUIZ

PREMIO HISPANOAMERICANO DE POESIA
JUAN RAMON JIMENEZ



EXCMA. DIPUTACION PROVINCIAL DE HUELVA
INSTITUTO DE ESTUDIOS ONUBENSES
1982

Manuel Ríos Ruiz

Piedra de amolar

(Premio Juan Ramón Jiménez)
1982

DOCUMENTACION DE LOS OJOS Y SUS ADVERTENCIAS

El mundo nace cuando los ojos crecen retroentornándose
como los desconocidos y los ausentes de la mismisima Biblia
y todo lo buscan oprimiéndose hacia el corazón y su fisura;
son seres combinados de agua y entereza volteadas
que se difunden al nombrar fija y hondamente
lo que intuyen detrás de si mismos y sus multifabuladas configuraciones,
porque los ojos son campamentos solaces de la memoria hilandera
y están bifurcados en su amasijo y tantalio:
de pronto son transparentes como tierra adivinada en su ser
y cuando parpadean filtran hasta la cintura de un aroma,
ven estremecimientos en las estatuas y sus estrellerÍos
y peleas de gallos en los sÍntomas más errabundos de una cara.
Los ojos son políglotas y vírgenes.
Viven a latigazos,
saltan y estallan frente al mar y sus cerrojos
o de momento se silencian como el embozo de una sábana.
No se les puede preguntar por el sitio hacia donde huyen
ni como aprendieron a dormir en su columpio.
Ninguna lengua llega a su atalaya ni a sus lágrimas
y nadie sabe de verdad donde los tiene: de volátiles.
Los ojos son lo mismo que las águilas y las sortijas,
es decir: enrevesadamente sabios,
se menean y se atribuyen toda la fuerza de la vividuría salteada
en cada sentimiento y su orfandad;
aprisionan la fe
y atestiguan del alma lo que es preciso hacer al escribir,
por eso hay quien se bebe con ellos un mendrugo de fatiga
o quien recita un baile, porque cada hombre
es un pozo distinto de alucinaciones y temblores,
y si piensa más con los ojos que con la frente y su tarima,
todo se le convierte en presentidas eternidades
más allá de las murallas con trajes de princesas,
pues los ojos avisan siempre de lo que miran, transfiguran el aire
y antes de ver un pájaro volar han vístole nacer,
respirar en el huevo y presagiar sus trinos y víctores
abriéndole retintos boquetes al sol.

Siéntate en tus ojos: son una escalera caminando sin moverse de sí,
inventaron el mundo sin darle ni hora, ni equidistancia, ni terraplén ni hendido.
Son para abrirlos a cada llamada de flor, a cada golpe de muerte
y mirarlos, verlos acaecer en sus latifundios y peregrinajes.

ES IMPRESCINDIBLE CONOCER EL AGUA

Mirar a un pozo es buscarlo todo en un dedal
y es lo que me encandila desde que descubrí mis versos,
desde que supe tenerme en cuenta y proponerme razones
y esto ocurre sin percepción escueta en la garganta,
es algo que cruza por el cuerpo como un pespunte
y se queda adherido donde nunca lo encuentras.
Y el pozo que había en el caserón de mi abuelo era lejanisimo,
para ver el fondo de aquel aljibe habla que tirarle los ojos
y cuando llegaban a la moneda de agua tan última
dolía repecharlos hasta la cara mordiendo cada piedra;
tal vez era así porque estaba abierto en la cocina,
tenía tapadera y vivía junto a los plateros y los fogones,
de ahí que el humo se le metiera dentro de su misterio
haciéndolo intransitable y calofrío,
era un pozo con enigma
aunque en él no había muerto nadie,
solamente -hacía siglos- una paloma herida,
según la leyenda circulante por el pago.
Pero yo lo miraba y a veces lo comprendía en su desolación:
díjome que le apetecía dar el agua más cercana y ancha
pero que era tan hondo que no podía ni hablar.
Había, pues, que adivinarlo devotamente,
dejando la vista en él todo el tiempo posible
como si le apuntáramos con una escopeta.
Como yo era un niño y tenía la paciencia de la fantasía
encontré en su seno tantas cosas que me rebosaban
por los bolsillos; la más bonita fué una alucinación destartalada:
el libro que habla leído se estaba ahogando por cada letra
y lo salvé zumbando con la cuba en ristre
y desde entonces creo que soy su desconocido autor.
Mirar a un pozo ya digo que embelesa,
hay en su horizonte tanto mundo que dan ganas de bebérselo,
son tantas las dimensiones que sugiere y pregona
que proporciona regazo al pensamiento y luz al alma
como si fuera un sacramento,
el sacramento de la tierra.
Otro pozo del que gocé la compañía y el espíritu
estaba en la pasmosidad de todo el campo verdadero
y surtía con su agua densa y caliza, amarga y revirada,
los dornajos donde las ovejas dejaban la sed y la suarda:
era rechoncho y bajo de brocal, hermoso de carrucha

y de cintero, en sus bujíos anidaban las cucujás,
las salamandras y los lagartijos,
y se veía venir desde todas las lomas
como una incitación al descalabro;
dicen que estaba alli desde antes de la guerra de Janda
y que en él lavaron sus heridas tantos godos como árabes,
pues se lo dejaron olvidado los romanos, inexplicablemente.
Mirarlo era para mí contemplar la historia,
leerla,
darle sentido a lo ido de manera palpable y detenida
y enseñarme a mí mismo mucho futuro por el aire.
Tanto era así que hubo tardes en las que se puso a navegar
por encima de los tomillos, las abulagas y las coníferas
como si fuera un dios huyendo de su propio poderío,
sería para explicarme que nada es cierto por muy pozo que sea
y que yo estaba soñando tantas verdades en su existencia
que podía convertirme demasiado en hombre
y que era mejor creer en lo imposible que acaece.
Mirar a un pozo siempre estremece y siempre socorrre,
da una sensación de certeza inmaculada,
tira pellizcos,
manda un rato el atractivo de un pozo,
nos sincroniza vernos muerta la cara
aunque tengamos puesto el sombrero.

El último pozo que me cautivó estaba derruído
y se tragaba los sucesos por la noche igual que en las películas,
tenía una historia tan llena de milagros y testigos
que merecíase miles de diplomas y capitulos:
era estrecho como un embudo y no se le veía la razón,
estaba donde nadie podía beber agua si no se tiraba en su vientre,
pero yo lo conocí como si lo hubiera hecho,
vi en él tantos viajes hacia arrriba
que pensé que no estaba,
                                        que era una ilusión o un espejo,
porque ningún pozo está enmedio de la chicha de un camino,
por eso lo trasladé hasta esta ventana y lo sembré de flores.
Y aquí está más ventanero que un preso:
viendo devenir a todos los pozos.

UN COLOR DE SIEMPRE Y REPETIDO

A José Alberto y Elda Santiago.

La noche me persigue desde que nací y a veces se ha tragado y tejido
lo que iba juntando dejándome solamente una estaca en el cuerpo.
La noche no perdona a unos ojos abiertos que le miran el ungüento y el corpiño.
Es agraz la noche, de ahí su tiranía, su periscopio en la cresta
para vigilar toda voluntad que quiera escapársele por un alfiler
y se nos pega en la cara como un engrudo de arena y telarañas.
Atravesar la noche siempre cuesta un cielo que nunca se reparte
porque la noche es honda como una mujer sin márgenes ni flecos.
Y es ancha la noche, tanto como una conciencia y se aglutina.
Es alta también, por eso se ha dicho que toda noche llega a su zenit.
Andar en la noche se hace sin moverse
porque jamás se pasa de la misma estrella.
Yo he perdido en la noche tantos equipajes que ya no sé ni preguntar por ellos.
La noche tiene algunas risas mías en su faltriquera
y lágrimas que colgué en el peripuesto pinganillo de su escorpión.
He cantado en la noche lo mismo que los grillos y nunca hízose la luz.
Amar en la noche se convierte en rutina y cuando amanece crujen losescombros.
La noche es un día vivido tan por dentro que parece el tabaco en la petaca,
algo cuya ceniza es la nieve fría que se nos va escorando por los tuétanos.
Pero si la noche no fuera tan así de madre estaría el mundo aún por descubrir.

HISTORIA DE UNA TARDE AMARILLA Y ANSIA

A Antonio Jaén Avila.

Lo recuerdo ahora y no lo comprendo en toda la longitud de su equilibrio,
no sé si sucedió por la fuerza de la soledad de mis díez apretujados años
o porque a veces hay días que merecen ser la medida de un siglo
y se quedan en nosotros derrengados para siempre como un sortilegio.
Pero debo decir que llegó a mi cobijo lo mismo que un relámpago
y que traía un temor agarrado en el rostro como una garrapata
que se le apercibía desde la respiración al desgajamiento de las manos;
quería sujetarse lo desaforado pero el temblique le sonaba en los ojos.
El campo era un mar sin peces ni lindes para rodearnos solícito
y en sus quilómetros y latitudes no existían más almas que las dichas.
Le miré recortar el aire entre las jambas de la puerta destituída:
tal vez nunca había visto un hombre a contraluz sin conocerle
o yo había estado tanto tiempo solo con mis musarañas y cocodrilos
que me quedé en blanco y en vilo fuera de la cabeza y de la voz. Tosió igual que cruje la cáscara de una nuez y díjome:
Chavea, qué calor. Tenía atosigada la garganta hasta la frente.
(Aquello era una choza. Yo a lo peor hacia un rato que vivía allí. El otoño
iba y venía por la dehesa. Los perros se fueron con mi padre a divagar

por tantos cerros y cañadas. Al filo de la albina, mi madre podía venir) .
Púsose de perfil y le ví el sudor coagulándosele cual una serpentina.
También le ví la desazón sobre los hombros y la sequedad hirviendo de la boca.
Se sentó no sé donde sin dejar de mirarse llegar: se acosaba mismamente.
Acerquéme a la cantarera y le dí de beber. Me miró desde muy lejos y fin
como si mi abuelo fuese; me di cuenta enseguida, supe algo de él en mi desasistía:
era rizado y rubio, iba destocado, le faltaba complexión para tanta altura
y todo el campo le era ajeno mirándole los pies, las alpargatas destrozadas:
no sabía ni andar entre tarajes y cardos, lentiscos y otros atropellos.
Quizás pensé en los muertos viéndole quedarse poco a poco de respirante a quieto
y le dí la espalda a ver si se movía, pero solo meneó un pie y puso un ojo en alcanzarme;
quería decir algo, casi lo adivinaba, pero no tenía todavía el son, el tono
propicio al habla tras beber, quería explicar su presencia, decirme por qué estaba.
Yo habla vuelto a ser un niño y perdíame entre tanta inmensidad y sorpresa.
Arqueó una ceja al vuelo de una mosca y aquel otro ademán sin terminarse
me dijo más que todo lo que había ocurrido: era un huído, un escapado,
tenía el horizonte encima como si fuera un tren, vivía en una trifulca.
No podría nombrar qué magia nos regía. El mundo era muy poco mundo aunque grande pareciera,
¿habría que mirar sin saber adónde? Ozú. ¿Y de donde sacaría yo tantísima calandria?
De pronto resucitó y me preguntó por mi gente. Yo le dí un periódico abstracto de tan leído
y un cacho pan con carne tinajera en sebo y se rió nerviosamente de las estampas:
dacía que conocia a Millán, defensa del Granada, y que Trompi era fabuloso
regateando en el área, que González tenía un tremendo despeje en bruto
y se puso a llorar acordándose de Los Cármenes lleno de voces y banderas.
¡Oh mundo insospechado, qué niño lo resiste, qué hombre era aquel hablando!
Un tatuaje le apareció en el brazo y le llegó a lo que de seguro fue su espejo.
Yo me puse otra vez dubitativo. Y él lo midió todo con la vista y el corazón:
¿Se puede aquí dormir en algún rincón perdido? Tengo el espinazo por lo suelos.
Seguímos acordándonos de todo lo imposible en aquel sitio sin orden ni topacio
mientras un pavo hacia la rueda con el moco arrastrando tan irreal como hoy,
pues no sabría explicar que estaba donde nadie si no lo recordara encinta.
Fumó el hombre con ganas, con reina tropelía, y seguía viéndome solitario y solo.
La tarde se trasponía amarilla y ansia viviendo de sí misma como las agallas.
Si alguien ha visto alguna vez las entrañas de un mapa que se quede callado y tañido:
no puede haber más perplejidad que la de un niño fuera de sus ejes,
sin siquiera un atisbo de número para explicar tamaño escándalo.
Digo ésto porque era un niño queriendo ser un hombre y érase un hombre puesto frente al niño.
Asómate a ver si alguien viene. Sus palabras sonaban a lo que querían decir irremisiblemente,
y tuve que hacer crecimiento desde los tobillos y mirar a doquier casi a mansalva:
por todas partes surgía desolación y pájaros, yerba consumándose.
Le dije de la calma y que ya, por la varea, acercábase mi madre con el costo.
Señora, perdone usted, he bebido agua y su hijo se empeñó en darme un taco de carne.
Es un niño que tiene idea de las cosas, pero antes de que se vaya el sol quiero ver un río.
Se fue, esa es la disyuntiva, y dudo de verdad de su existencia insólita,
aunque haya días que son como la iglesia, imponderables de vencer en sus escrituras,
pero lo que sí es una piedra bien sembrada, un clavo después en la pared,
es que por toda la campiña hubo un tumulto de guerra buscando a un criminal,
lo cual es imposible aunque lo griten las más condolidas rendijas de mi historia.

A VECES LA MA TANZA SUELE SER UN RI TO

Todos habéis visto matar a un cochino y si no es así os imagináis
tan filantrópico jolgorio:
                                        es lo mismo que hacer una ventana en la tierra:
se forma tal algarabía de preguntas que todo se trasboca
y nadie encuentra su nombre
mientras salta la sanpre a las pupilas
y se cuaja cayendo en el lebrillo, en el cacharro de asumir.
El matarife
—siempre ritual y enérgico—
ha metido el navajazo hasta el cabo de la mano
y los estertores verraqueros llegan a todos los senos del campo
y al corazón de las bellotas.
Debajo de la piel está brillando la manteca,
por eso el hervor en calientes sangoroteos se derrama
sobre los lomos palpitantes
y el cuchillo arrasa como un abanico
la selva de cerdas y cascarrias.
El despedazamiento es un acto en cruz
donde el acero avieso traza triángulos y rachas
que los niños suelen mirar para ir aprendiendo a solucionar crucigramas.
Se limpian las tripas y mondongos para embutir la carne y las especias
y las pellas relucen cual carámbanos o poemas de Lorca;
los encinas madres puede que estén llorando;
el padre maíz huyendo de ser alimento puro
y el agua se queda más quieta que el mármol en su profundo origen;
pero el amo del cerdo con la jarra del vino blandiéndola
convida ufano a todos sus parientes
y los chicharrones estrellados en la trébede
van poniéndole olor a la mañana
porque toda vida tiene, además de su fin, tocino y provecho para otros.

SOLAMENTE LA EVOCACION NOS RESUCI TA

Hace muchos años que no veo una pulga
y es que siempre hay cosas que desaparecen de una vida.
Ahora recuerdo que una vez quise verme el perfil
entre el agua y el cielo y perdí la pista de mi silueta.
Se quedaría enganchada en un garfio del viento
esperando la amistad siempre cierta de las moscas.
Digo yo que seria eso, o tal vez alguna otra equivocación de las pestañas.
Pero las pulgas eran una pejiguera,
martirizaban el cuerpo y puntuaban con sanpre las camisas:
una sobre otra eran un saco dando saltos.
Con el paso del tiempo se pierde todo: desde la vanidad hasta la envidia,
así que si las pulgas no están, pues no tiene importancia,
no hay que sulfurarse,
más se perdió en Cuba y sigue habiendo ricos.

A mí lo que me preocupa es otra cosa más machucha
aunque parezca un raro y contorsionado pensamiento:
quisiera tener de vez en cuando una pulga rondándome las túrdigas
para no olvidarme de una primigenia picazón.

REFLEXION DETRAS DE UN BIOMBO

A Juan María Jaén Avila

No es verdad compartida
que el fantasma exista y se atestigüe,
pero yo lo veo,
                    lo veo o me apetece figurarlo
y preguntómelo,
                      imagínomelo
cargado de llagas y abalorios,
pues las criaturas pueden ser sin estar en renglón alguno.
Es cuestión de predecirlo
acarreando ofertorios,
aporreando sustantivos,
desgarrando ilusiones en viaje
y piedras de tanteo
para que se trompiquen y se denoten a si mismas carnales.
Yo he pensado y confluído
tanto tiempo al fantasma del ánimo
que ya no es ningún maniquí,
sino que sobrelleva su alma multicielo
y es capaz de pedirme en voz alta y frontera
Las aventuras de un cadáver
-ese libro de Stevenson-
para ilustrarse mientras cruje de centinela en su cruz
esperando que me lo imagine siempre desnudándose.
Realidad o entelequia
es un fantasma el que remonto
un tanto desperdigado y sinuoso,
órbico e íntimo a la vez,
que ya tiene y ejercita
una larga vividuría
por la calle y por el campo:
sé que se desquicia cuando algo le fastidia
en la querencia que le doy,
pero nunca termina de irse por cuestión quizá de pasaporte
y porque es en sí algo atrevido y masoquista,
pero normalmente acepta el juego de arrascar el mundo.
El secreto de tenerlo aquí es sencillamente azuzarlo,
ya que es necesaria su presencia sobrevenida
para que viva su débito.
Y hay quien cree con devoción, pero también con descuido,

que un fantasma se retrata repajolero y restante
en el movimiento escurrido y sutil
de una cortina abigarrada de encajes
o en una parsimoniosa voluta de humo,
pero no es así ni siquiera pensándolo:
al fantasma hay que asertivarlo y dirimirlo
para encontrar su dibujo
con toda su concha de celofán encasquetada.
Si lo puedes ver y saludarlo
advertirás que le gusta hacer declaraciones,
contar todo lo que nadie entiende
sobre las relojerías del amor
y los presagios caudales de las macetas,
cosas imposibles, pero ciertas, de pasar por una puerta
continuamente entornada al sueño.
Mas el fantasma de este biombo o parateto
es puramente un contrabandista de razones
y disimula pendolísticamente
lo que configura en su cabeza efluvio
y después lo subasta convertido
en argamasado diamante.
No cabe duda de que este fantasma unívoco
y doblemente perpetuo
-ya se le cae una ceja
pero la sustituye con gloria-,
es un eco abismal acoplado a mi laringe
que se apodera de cuanto digo y lo acaricia.
Para tenerlo contento
y hecho un buen vecino
hay que pasearlo por el cuerpo entre la sangre
y prestarle el bolígrafo y la libreta
-la flor y la ceniza-,
pues como un fantasma que es
de ser fantasma se rebela
y tiene bichos,
muchos bichos y mieles
en la punta salud de la lengua
como una alteración
y necesita un idioma aburilado
para poner en fila y trono lo que siente.
Asi las circunstancias, los alirones y los dolores,
la traducción es cosa mía:
soy responsable del fantasma,
no lo niego,
y si quereis escuchar el acontecimiento desensortijado y suyo
apagad la luz y encended las orejas:
él no necesita más ojos que los que tiene
para morir en paz
después de haber hablado
y en ello cifra su esperanza.

NACE DE LA VIDA LA ELEGIA

Una noche de marzo, cuando la primavera aprieta su clavija
y tensa los costillares de la mocedad,
llegáronme los barruntos del gozo a borbotones
viéndola esplender como una plaza de toros
sobre la mesa pino de aquella trastienda de la imaginación.
No la cubría ni siquiera el aire y la luz del velón era su satélite.
En su oficio de amar hora tras hora sin extravíos
seguía tan limpia como una patena.
Me quedé con la copla y su sonido:
un cuerpo de mujer nunca se olvida
cuando se ha dejado en él
                                        fervorosamente
la íntima sangría y su salud.
Y ella era una playa andando por la calle
 y abriendo las ventanas,
parecia llegada desde más allá del sol y sus espingardas,
que había bajado de un árbol o surgido de un cisma
 y mirarle los ojos suponía conmoverse
al vérselos biseladamente hostias y claros.
Su cara era la misma de la luna si la luna fuera un jardin de rosas.
Por los molleros de los brazos subían a sus hombros
los íntimos oráculos empanándose.
Los pechos los tenía locuaces
y quien se quedaba en ellos nunca perdía la memoria.
De cadera a cadera
se le ahormaba la fuerza de todos los hombres trabajando.
En sus muslos se podían escribir bandos y cartas,
decir misa o sembrar libres albedríos
y entre ellos emergía un trapecio
para trazar en él los titeres más alucinantes del alma.
Ahora,
            cuando me dicen que ha muerto, perdida ya su estela y fama,
y que fué a caer a la fosa común por no tener ni nombre a quien llamar,
la busco en el tiempo como el que persigue un tiro
y escríbole el epitafio que mereció su maestría:
Aqui yace la tierra, en este papel escrito.
Que siga engloriando siempre a Dios.

EL ARTE ES UNA CANCELA ABiERTA AL SUEÑO

A Manuel Fernández Urién.

La pluma,
                el lápiz,
                            el herbolario del pincel
y sus asonancias,
una prístina lid,

nos han levantado siempre el arrebol del paraÍso
hasta las niñas de los ojos y sus purgatorios,
repartiendo fervores
como luengos sueños primitivos
clamorosamente heredados,
los que todos llevamos entrañados en la boca:
son lémures que suben como el hervor de la leche
y resplandores que bajan cual un campo que cae
por células, venas y deseos,
haciendo del arte la ráfaga aborigen de la libertad,
un terremoto aún sin desatarse,
sonando a verdad enmagiada y reluciente,
redentora,
que nos llama y nos atrae morfológica
y nos convierte y nos engendra en tolomeos
porque las tintas ungidas
crecen tanto como las yerbas que las infunden
y un paisaje dentro de mi casa tan cintura
es un vaho que sugestiona y engrandece al corazón.

LA LLAMADA SIN TRAYECTO

1

Cuando llaman a la puerta concisa
y abres
y no hay nadie en pie
que traiga una carta como pretexto y alma,
lo mejor es volverla a cerrar ceremoniosamente,
dejarla como estaba en su legitimismo
y agudizar la piel desde los brazos
como si inflamáramos un globo de hierro,
activando la sensibilidad y sus hoyos
hasta el reventón posible,
para calar en el misterio
y hacerlo fuente,
porque quien
o lo que fuera
-que nadie lo sabe por telepatía masiva-
ha entrado ya en ta perplejidad
más subcutánea
y se empapa de todos tus más íntimos entresijos,
atolondramientos
e infusiones
y sabrá de ti hasta las mangas del chaleco.
Eso es lo que los espíritus retrovisores
tienen que hacer y dilucidar
cuando cumplen su misión inquisidora:

averigurar cada requiem.
Y si te resistes a que te vean de frente es todavía peor,
porque se te alterará la sangre
y cuando la sangre emprende una carrera
dice más mentiras de las que piensa.

2

Tú tienes la culpa,
tú,
por abrir la puerta y quedarte marginado como si fueras un ofidio.
Debes volver a tu ámbito
y encender el cigarro que te apetece,
seguir manejando tus utensilios,
darle aire a tu aire,
respirar
y dejar que tus módulos se compaginen al unísono.
Así,
verificándote,
el secreto te verá
y no podrá extrañarse
de que seas.
No olvides que la puerta la has abierto tú con esa mano
-normalmente la derecha-
y que si no viste entrar a un gigante
es porque no tienes los suficientes ojos.

3

Te preguntarás lo que quieren de tí,
siempre se piensa eso cuando nos sorprenden.
Pero cerciórate
de que la curiosidad es de la tierra
y que sin curiosidad por saber no existiría nada.
Para comprobarlo mirate más allá de tu padre
y te crecerán todos tus séquitos,
pues no es verdad que hayas nacido tan puro
ni que seas un poro único.
Y ahora te están viendo todo el duelo de tu paraíso.
Y ahora te están sacando la sangre con un tiralíneas.
Y ahora te están desnudando el corazón para majar con él un gazpacho.
Y cuando te canses de sufrir y disimular
habrás perdido la cara
y no te quedarán espárragos por las venas.

4

Consuélate,
enseguida consuélate:

no morirás por ello
y seguirás teniendo nombre
para que llamen a tu puerta cada día,
porque la sangre vuelve a la cara continuamente
hasta que termina de hervir
y solamente ella misma por antigüedad
sabe cuando le corresponde evaporarse.

5

Has abierto la puerta porque han llamado
-ya lo sé-
impertinentemente,
pero las llamadas suelen ser así:
perentorias
e inauditas
para quien no las espera rebasándolas
en su semántica virgen
y hay que escribirlas o bordarlas,
traducir su eco y afrontar como un poste
el puñetazo que nos pegan tan resuelto
en medio de cada concavidad y sofisma.

6

Lo que ha pasado no es más que la naturaleza.
Pensar otra cosa sería inventar el oído,
pues la llamada existió y de ella hablamos:
Quien llamó está aquí
en un diván transitando
o en un libro creyendo que se embarca.
Deja que crea cuanto le conviene
si tú tienes la certeza de ser piedra de amolar.

7

Por regla general y enciclopédica
todo lo que llega y se infunde
en el lugar que nos jura
y nos sirve de defensa,
se queda para santo contigo
aunque estén las ventanas abiertas
y le regalemos la llave de la sacristía,
pues un misterio como toda música
necesita donde sonar y estremecerse
y aquél que le abra la puerta de su sitio
termina por sentarlo mismamente en su pecho.

8

¿Pero ésto que es, qué es este sarampión
si no lo he visto en mi vida de alfanhuí?
¿Donde está su halo que tantísimo amenaza
y su raíz haciéndome cosquillas con una posible imagen disturbio?

y 9

Contestar es siempre una determinación ajena
y no existe la palabra nunca en ningún cartel
por mucho que se escriba en el infierno de la boca.
Conformate con saber que algo ha entrado vívido
y proyecta su sombra por tu rostro como una exhalación
y lo sientes meditar en cada pregunta.
No le respondas con frases lapidarias.
Déjalo también a él eternamente con la duda,
que para eso llamó a la puerta siendo invisible.

LOS MILAGROS NO TIENEN SOMBRA

Las flores son tan temerarias
como los conocimientos de los poetas
y en la fugacidad que las exulta y las faja
ponen en duda lo que el aire les cuenta al sacarlas de la tierra.
Será asÍ porque prefieren existir por sí mismas en su ciego bullicio
y no deberles a nadie ni el pan ni la levadura:
les gusta aparecer como las coplas
y se van de súbito igual que las golondrinas.
El rastro que dejan hay que imaginárselo
para poder perseguirlas y enamorarse de su esencia.
Aquél que crea que ha cortado una flor debe santigüarse
para quitarse de encima el más tragiversado espejismo,
pues las flores, en la lucidez que las demanda y proporciona,
no pueden ser abrazadas ni imbuidas
y como todos los espíritus que sonrien
sueñan su propia locura y semejanza
en un idioma sin encuadernación posible,
por eso tenerlas en el cuerpo es colecionar efemérides
y el que hace alarde de poseer su culebrina
ignora los portentos de todo lo que es siempre intangible:
las flores no tienen más vida que su soplo
y si las roza un ojo dejan de ser la gloria que prometen.

HA Y QUE MIRAR LA MENTIRA PARA VER DE VERDAD

Si yo quisiera ahora mismo promoverme
no tendría nada más que pasearme solo y lícito,
sin andaduría específica, sobre meridianos y paralelos,
dándole tirones a la imaginación en comba,

que para eso es salediza, saltibanquera y retrotraída
y sabe, sin embargo, cuando tiene que meterse donde no le llaman.
La imaginación misma me lo dijo enseñándome su escarabajo:
esto es una bola y significa el mundo según sus decubridores
que nunca fueron un dechado de salpullido;
mira como lo empujo hacia atrás para que no se desmande.
Pero la imaginación no puede contenerse como toda mentira
y se aviva y se regodea en su tolondrón y cauce
y llega a los límites de cada cigarro y se suicida
cual si planchara una camisa saliéndose del pañal,
pues para la imaginación no hay semáforos de tanto como ve,
por eso se cuece gorda y refulge
como una buena pierna de mujer al ponerse las ligas.
Yo me he quedado mirándola muchas veces hasta penetrarla
y he podido ir por ella a donde quise aposentarme.
Con la imaginación,
creélo,
estuve en la selva y en la muerte,
he hablado algunos ratos con Viriato y con Virgilio,
dos técnicas distintas de pastorear y de vivir.
Otro día,
¿otro milenio?,
estuve tomando café con un dios machamartillo
que por aquel entonces era dueño de interminables palabras.
Igualmente acompañé por dentro de su oscuridad
al traje de un torero que estaba desangrándose,
y aunque nunca estuve
-porque no he querido terminarme-
en el instante empalagoso de sentirse sabio,
me figuro lo plomo que debe ser saberlo todo o pensarlo así.
Y es que hay que cuidarse tanto de volar
como de desfallecer en este campo de antetumba.
Pero hoy,
a mediodia
y con julio y su sol traspasándome las membranas,
sueño sencillamente con quien soy a pedazos
y sé que quiero ver el mar ahora mismo encima de mi mano
para imaginármelo un acontecimiento salvador por embustero.

ELEGIA EN VIDA POR CARLOS OROZA

En una tarde de mil novecientos setenta.

1

Estás como un adoquín escachado por enero.
Tal vez soñabas con una triste gaita ausente
o con un jirón de niebla navegando por la ría;
pero estabas perdido en Madrid,
donde las flores del asfalto envenenan

los pliegos de cordel.
Era tu libro la memoria
y
ha reventado tu caparazón.
Tu voz,
que sonaba a cuerda tripera de viejo violín,
cedió en su empeño de conmover estatuas.
Ya tu gesto no sirve para calmar a perros ladradores,
se han quedado rígidas, como dos alicates,
las manos que plasmaban poesías de cartel.
Los pies, de tanto andar, los tienes deszapatados,
reliquias serán tus calcetines rastrojeros
cuando cuenten de ti los futuros balboas.
Y por todos tus huesos y tu nuez gongorina
sueñan hoy los gusanos un tímido guateque.
Me pregunto, Carlos, por qué te has muerto, por qué,
si tenías un cigarro y te estaban escuchando.

2

Fue un dios en sí mismo, enamorado
de un finisterre de palabras y gritos.
Se destruía al son de sus grillos internos
Enarenando el aire de pura garrapata.
De haber sido marinero de barca o motonave,
o mozo gañán, gazpachero
sobre un mulo siguiendo la vereda,
no estarías tan muerto, ya tan vivo y tan muerto
sobre una mesa del Café Gijón.

3

Y nadie contó un chiste,
ni nadie te besó.
Avisar a tu sangre,
¿no sería una aventura,
ahora que podrías, por lo menos,
leer “El Quijote”
o “El viejo y el mar”?
Hoy no ha leído el “Marca” Eladio Cabañero,
tu amigo, el que dijo que a ti te hacía bulto el corazón.
Hoy se ha puesto chaqueta Alvarez Ortega,
hoy no regañaréis,
no habrá “leche y picón, ni tá, ni cuá”.
Y los López
-el Luna y el García-
propusieron sus acordeones de versos viajeros.
Marcos Ricardo Barnatán,
desde el Mar de la Plata,
saludó militarmente, poéticamente, correctísimo.

Llegaron de Canarias plátanos de luto.
Algunos catalanes, manchegos, vascos y castellanos,
dejaron de sembrar o de cortar leña,
fuma que te fuma…
No, no se ríe Enrique Azcoaga.
El joven Gerardo te ha sobrevivido
-estudiante aplicado- como a Lorca,
porque para él la vida sigue siendo un verso interminable.
Raúl del Pozo está viviendo –escribiendo-
tu-su vida sobre el papel del suceso.
Los aquelárricos del Café Lyón
silenciaron su cencerro
en tanto resucites.
Un embajador plenipotenciario
llegó a “La Boite” a pedir excusas.
El duelo lo preside
Fernando Quiñoñes, solemnemente
vestido de torero.
Un disco de Joan Baez
ameniza la ceremonia de olvidarte.
Jiménez Martos recogerá el dato en sus antologías.
¿Sentada en la Universidad
exigiendo crespón en la bandera?
¿Descalzas se han puesto
un cogollo de muchachas?
Ya has salido de aquí
y sin embago –“malú”. “malú”-
te adentras más que nunca en la tierra que te eva.
Umbral y Antonio Hernández
-sin hablarse todavía-
entierran contigo, Oroza,
una orza de miel.
Llorar, lo que se dice llorar,
tan sólo lloraremos
cuando en piel, papel biblia, pocas hojas,
publiquen tus poemas,
y Sandra, bajo un velo,
los venda y los revenda.

CADA PARED TIENE SU LENGUAJE

A Jesús Hilario Tundidor

Desde que Boris Vian
quiere ser mi amigo en estos días,
no me deja mirar perennemente
el cuadro que tengo de Manrique,
ni la Carta de Juan de la Cosa

-la del mil quinientos de esta era-
donde quedó investido el surrealismo universal
a fuer de cartabones y compases,
de vueltas y revueltas
a la traca de los números
y al emporio de la salud,
que hay que ser labrador de horizontes
y auroras boreales,
relojero quizás,
picapedrero
y metalúrgico,
para imaginarse tanta astronomía en los zapatos.
Y por muy roja que sea la hierba al quemarse
aún no hay máquina pensativa
que nos libere del orden del tiempo,
aunque Boris
-que empeño de muchacho-
se enrede en producirla
fabricando caramelos y amores
escritos en papel de fumar;
y por razón tan lógica y calendaria
como la de trazar péndulos y liras al solsticio,
César Manrique y sus imágenes
están más cerca cada dia de Juan de la Cosa y su mapa avaricia,
ya que sólo los separa y los entreteje
en la pared interna de mi casa y su cruz
un retrato que me hizo Paco Hernández a plumilla
empezando por el ojo que heredé de mi abuelo.
Mas todo mapa bien recorrido
es un trayecto calvario
y yo aprendi a vivir en uno de ellos repentinamente
cuando tenía nueve años ávidos y morteros
y era capaz de entender mirándolo
cualquier idioma caústico sobrado de uves dobles.
Por eso sé que en los mapas extendidos al paso
hay que hacer penitencia
si queremos convertirlos en espejos,
pues no se puede andar por un camino verídico
sin tener la resistencia de un mártir
o la entendeduría angélica de un iluso:
no hay que olvidar que la tierra tiene orillas y asas,
que está hecha a semejanza de los odres
para contener al mar y sus sajaduras,
que es su misión más enamorada y pródiga;
la otra,
la aparente,
la que grita cada manoseado mapa de turno
y repiten hasta los cernícalos,
es un aditamento como el tapón a la botella
y no merece la pena tenerla por conciencia.

Pero Juan de la Cosa tuvo su lucidez específica
 -si era un cartógrafo
pudo ser un jinete-:
vislumbró el mundo pedazo a pedazo
cuando todavia no existia la palabra puzzle
y lo dibujó de memoria
colgado de una estrella.
Es ese poema escrito a salpicones
que se ha convertido en orla y pergamino,
contra el que Boris Vian ¿sin darse cuenta?
quiere interponer de pronto un negro que baila
siendo un recurso imposible
porque al mapa y a sus cuatrocientos ochenta y dos años
le hace pareja el canario Manrique
con un fondo de bandera
y tres seres originándose,
mientras que yo
-cabeza o instinto-
les hecho un discurso filípico
emulando a Demóstenes.

CRONICA Y ENCOMIENDA DEL ESPECTACULO

A Juan Emili

Dió comienzo la función.
Emprendiéronla a voces con el público cariacontecido.
Se trataba de una trapisonda para vigorizar una noticia inexistente
a cargo de un tremebundo rapsoda vestido de chaqué y calzado con sandalias
que estuvo entre las candilejas haciendo piruetas para aguantar sus vómitos
y cuando desapareció por el foro debió ser asesinado por sus compañeros,
pues su cadáver se encontraba finalmente en el ambigú del teatro, copeando.
La segunda parte de la obra fué contemplada de espaldas por los espectadores agachados,
dado que el exceso de luz no permitía abrir los ojos y mirar a las doncellas,
mientras un personaje
-extraído de un tumulto-
repartía los versos
por los palcos desde un helicóptero
sin miramiento alguno, sin temor a despeinar a las señoras
y arrancarle los zarcillos.
El tercer acto tuvo la virtud de ser interpretado sin actores ni texto:
representaba el silencio sepulcral de una tiza en medio de la escena.
Cuando cayó el telón los asistentes eran ya personas de otra raza
y galaxia bien distinta.

LA TIRA NIA DE TANTO TIMBRE

A mediodía
todo tardea y todo se quiebra,

es una sensación inconsútil, pero acaso más culebreada.
Se necesita al llegar a esa hora clave y púgil
sentir una revolución por alguna parte del cuerpo y sus consejas,
algo que testifique que seguimos viviendo aunque manden los números.
Puede ser un amago de viento fresco si estamos en el reino del árbol
o quizás un accidente de circulación si estamos en la neópolis,
es dificil saber lo que puede removernos de antemano,
pero normalmente nos sucede y nos seduce un sucedáneo
y no salvamos por milésima de saliva de quedarnos paraliticos.
Y es que sabemos que tenemos que andar con la máxima naturalidad de un ritmo,
porque si te quedas parado te despedirán del mundo.
Así que si tienes ganas de sentarte a imaginar una mariposa acentellada
alguien te llamará por teléfono
y con voz compadrera
empezará a decirte de manera que lo comprendas y valores
el favor que te hace no dejándote dormir y divertirte,
mientras sientes la endulzada pedrada
en el mismísimo cielo de la boca rebotando
y te sabe a alcanfor repetirte media docena de horas más fundidas
como si uno fuera un abanico o una bisagra con cronómetro.
Con lo quieto que te estarías mirando en tu casa los lomos de ios libros
sin aguantar tabarras,
oh muy señores míos,
y sin leer ese texto que huele a dinamarca
con tanta amortajada cita.
A mediodia he dicho
y no me arrepiento de ser tan exacto,
es cuando más te miras los deseos de no escuchar ni un timbre,
un timbre que resuena incesante como una ley injusta,
una ley que nos pone los pelos de punta y nos trepana el alma.

LA CRIADURA

A Eugenio Cobo,
Rafael Duarte,
Fernando Beltrán
y Miguel Galanes.

El poeta que dijo:
cada silaba mía
trae la primavera,
puso el dedo en la llaga
que más se arrodilla:
querer amanecer
con la vida dentro de una cuna
y verla como un rizo cantiga
en el pelo heráldico y brioso de una niña.
Sí, el poeta siempre está arrumbado y surto
en un venero chorreando
y agudiza la mirada y el diapasón
para reforzar a clavos el nítido sentimiento.

A veces el poeta es más valiente que un ciego
y quema sus palabras y cartapacios de luz
sin que por ello alcance ni por asomo el olimpo,
porque un poeta,
                        un verificador del espíritu

-ampliad el oficio hasta los desafueros-
por mínimo que sea su ochavo de esencia,
siempre tiene un plante del corazón cuando manifiesta.
Y los grandes poetas,
                              los que se salvan de las hecatombes,
además de poetas son ministros de una lógica innegable,
gente que al hablar como las plantas
tienen el poder de alterar las conciencias
-recordad a Gilgamesh y adorad su lejanía-,
pues el poderío de su voz puede ser la primavera ensalmada,
el afán de ver el mundo hecho una girándula y riéndose.

SIEMPRE SE PIERDE OTRA PIEDRA PRECIOSA

Estaba totalmente solo y tuvo que empezar por conocerse.
Para ello encendió una sensación debajo del propio acabóse,
porque necesitaba alumbrarse la presencia
y saberla palpable.
Después, tal quien se lame la médula,
fué descubriendo que vivía con él
y que tenía, además del sitio, otras multitudes
allá dentro del ánima edificando señuelos y maestrías.
Y cuanto tuvo la certeza de que veíase
ya hacía un siglo que habla vuelto a la vida.
Entonces se sacudió la ropa,
enroló el reloj a sus menesteres
y atisbó el paisaje como quien mira un artilugio,
mas el tiempo es tan chico
que todavía era un alumno incipiente
y nada podía enseñarle desde donde llegaba;
por eso,
            y recordando su muerte,
dejó que se le fuera otra vez el camino,
aún sabiendo que cada piedra es un ojo
que no pestañea
de tanto como abarca.

TRES CAPITULOS

1
EL ALBA DE LA CREACIÓN

El blanco es la Nada, un sueño
que espera siempre a la Vida,
la que el artista le infunde
con su inspiración lírica.

2
MEDIODIA DEL ESPLENDOR

Todo lo dije de mí
y por escuchar me espera
lo que se quiera decir
sobre mi voz mensajera.

3
EN LA NOCHE ARDOROSA

Amo bajo el fiel lucero
del íntimo entendimiento
y me conozco hombre nuevo
con el alma en crecimiento.